

*
*
*

Mas no siempre han sido las playas de Cartagena campo de violencia y de matanza; el suelo enrojecido tantas veces con sangre de héroes, también se vio regado con el sudor y las lágrimas de un justo.

Allí ejerció por espacio de treinta y seis años su sagrado ministerio San Pedro Claver, el apóstol de los esclavos, el *siervo de los siervos*, como á sí mismo se llamaba con tanta complacencia. El celo activísimo de este santo varón, en aliviar las miserias humanas, su piedad tierna y edificante y la pureza de su vida, dejaron sobre la ciudad, con el recuerdo imperecedero de sus virtudes, un halo resplandeciente de luz de amor, caridad y mansedumbre.

Todavía se conservan intactas las murallas de Cartagena de Indias. Pero este grandioso monumento, vetusto y mudo, imagen real de pasadas glorias, cumplió ya su destino. Lo que fue teatro de combate, es hoy día un lugar de recreo; en las aguas dormidas del foso se reflejan los baluartes sombríos y silenciosos; y por entre las almenas que limitan la anchurosa plataforma, en vez de piquetes de arcabuceros, pasean tranquilamente las hermosas cartageneras, que allí suelen congregarse en las tibias noches antillanas á respirar la brisa del Océano.

JOSÉ MIGUEL ROSALES

LA SEGUNDA DESTRUCCION DE ROMA

Acabo de realizar un viaje de seis meses por la Argentina, el Uruguay y el Brasil. Fui dictando aquí y allá, en las capitales y en las ciudades de segundo orden, conferencias de historia romana, que alcanzaron éxito completo. Dondequiera me festejaron, como festejaban en Europa, á principios del siglo XVI, á los humanistas célebres. Pero todas estas muestras de calurosa simpatía popular no me han impedido percibir, con intenso dolor de mi alma, que la tradición de Roma se halla en plena decadencia en-

tre aquellos hijos menores de la Ciudad Eterna, entre aquellas naciones que hablan, en el nuevo Continente, idiomas derivados del latín (1).

En cada ciudad, en cada jornada, la historia de Roma y el deseo de aprenderla fueron más bien pretexto que razón verdadera de aquellos recibimientos magníficos de que conservaré eterna y agradecida memoria. No se necesitaba, para advertirlo, de extraordinaria perspicacia. Los hombres de talento mejor cultivado me confesaron con franqueza ó me dejaron adivinar á las claras que habrían preferido oírme hablar de personajes y de sucesos más modernos. Las historias viejas que yo les refería les parecían tan remotas! Roosevelt interesa por allá más que Augusto; y más el Japón actual que los galos de la época de César; mayor curiosidad les inspiran las últimas máquinas inventadas en los Estados Unidos que las últimas casas descubiertas en Pompeya. Lo moderno triunfa por todas partes, hasta en las escuelas. En la Argentina, por ejemplo, la abolición completa de la enseñanza del latín en las escuelas superiores es ya hecho cumplido!

No hay razón para asombrarnos de estos hechos, ni para indignarnos contra ellos. Lo que pasa es muy natural. La decadencia de los estudios clásicos se viene acentuando, de veinte años acá, aun en Europa, donde tienen tan hondas, tan antiguas raíces. Una doble evolución viene alejando cada día más los espíritus del amor á lo antiguo. Por una parte, los estudios clásicos han sufrido una

(1) Este cargo es menos aplicable á Colombia que á las repúblicas del Sur, visitadas por el Sr. Ferrero. Aquí, desde los tiempos coloniales jamás se ha interrumpido la tradición latina, representada siempre por un grupo, si en ocasiones reducido, nunca despreciable. A conservar aquella tradición tiene la modesta Facultad de Filosofía y Letras del Colegio del Rosario, reestablecida por el actual Rector. No preteendamos formar humanistas completos, ni latinistas consumados; esa es labor de una vida entera; pero sí que no se olviden en Colombia la lengua de Virgilio, la historia de Roma, las gloriosas tradiciones latinas. *Nota del Traductor.*

transformación que los hace más y más inaccesibles á la mayoría de las clases educadas. Al propio tiempo, el espíritu utilitarista de la época presente, lleva á las generaciones nuevas, aun en naciones de cultura muchas veces secular, á mirar con desdén todo lo que no produzca dinero, ó no lo produzca pronto; al desprecio de épocas que, desde el punto de vista material, gozaban de menos adelantos que la nuestra. Si Europa, la vetusta y sabia Europa se maneja así, ¿podríamos culpar la indiferencia de naciones a-folescentes que tienen absorbida toda su actividad por los problemas del progreso económico?

—

Mi excursión por América latina, gratísima al hombre y al viajero, ha entristecido mucho al historiador. Me he persuadido de que en América latina, como en Europa, y todavía en mayor grado, Roma está amenazada de nueva destrucción, no menos grave que la que sufrió de los bárbaros en tiempos de antaño. Roma corre peligro de perder el puesto privilegiado que ha tenido hasta ahora en la educación superior, merced á su literatura, sus artes, su historia, su derecho. Los bárbaros se limitaron á destruir en parte los elementos perecederos del cuerpo de Roma. Hoy están amenazados su pensamiento, su alma, su espíritu. Y son los filólogos y los arqueólogos los encargados inconscientes de la labor demoledora....

Nada me asombra tanto como la indiferencia con que se ve en Italia el avance paulatino de esta catástrofe nacional. Porque catástrofe tremenda sería para nosotros esta segunda destrucción de Roma. En Italia, como en todas partes y más acaso que en parte alguna, se ha dejado, con glacial indiferencia, que triunfe, en la educación superior, aquel método de análisis excesivo que roba á los estudios romanos el alto sentido filosófico, la radiante hermosura, para convertirlos en ramo especial de la erudición literaria y arqueológica.

Preocupada únicamente con transformar á Roma en ciudad moderna, con anchas avenidas y tranvías eléctricos, Italia no se ha interesado, en los últimos treinta años, en la suerte de la otra Roma, la Roma ideal, educadora hace tres siglos de todas las generaciones de la tierra, maestra del género humano en lo literario, lo jurídico y lo político. ¿Y ganará mucho la Ciudad Eterna con haberse remozado en lo exterior, si pierde el carácter de metrópoli venerada del imperio universal sobre los espíritus?

El día en que la historia y la literatura latinas hayan perdido toda su fuerza educadora, ¿nos consolaremos al contemplar cómo Roma rivaliza con Hamburgo en el número de estaciones telefónicas? ¿O endulzarán nuestro dolor las chimeneas de una fábrica de automóviles, á la vera de la Vía Apia, que envuelven en humo negro los mármoles amarillentos del sepulcro de Cecilia Metela?

Mas Italia no es la única interesada en conservar el prestigio de los estudios romanos en las clases altas del mundo civilizado. Todos los pueblos que se llaman latinos, todas las gentes que hablan idiomas derivados del latín, tienen idéntico interés. En esta Europa, tan dividida por la diversidad de lenguas, por rivalidades políticas y económicas, por el recuerdo de luchas pasadas y el temor de venideras luchas, no hay sino dos factores importantes de unidad moral: el cristianismo y el clasicismo (1). La ciencia unifica muy débilmente las almas, porque influye poco en los gustos y en los afectos.

(1) Hermosa afirmación, que honra al ilustre historiador italiano. Algunos escritores latinos de Europa no se habrían atrevido á estamparla, por cobarde respeto al fanatismo anticristiano.

Pero si de Roma parte el elemento civilizador llamado cristianismo, es porque el Obispo de la Ciudad Eterna es maestro universal de la fe, Vicario de Cristo en la tierra.

Los que trabajan por amenguar la autoridad del Papa son más culpables de intentar la segunda destrucción de Roma, que los enemigos de los clásicos estudios.—N. del Traductor.

Haríamos muy mal, nosotros hijos de Roma, en olvidar que una de aquellas fuerzas unificadoras, el clasicismo, es vehículo potente para llevar el espíritu latino á las sociedades anglo-sajonas, germánicas y eslavas. Al estudiar las letras, la historia, el derecho de Roma, las clases elevadas de Rusia, Alemania, Inglaterra se nos acercan, aprenden á conocernos y admirarnos, se predisponen á nuestro influjo, adquieren necesidades que sólo puede satisfacer la civilización latina. Si desgraciadamente la unidad moral alcanzada en Europa por el clasicismo es débil y parcial, felizmente redundante en provecho nuestro: hé aquí una verdad que no debería olvidarse en las naciones latinas.....

Por esta razón en Francia y en Italia, se ha tolerado con paciencia y aun ha llegado á admirarse con exceso la preponderancia de los alemanes en los estudios clásicos. Mommsen, por ejemplo, ha gozado, entre italianos y franceses, de una admiración que me parece desproporcionada á sus servicios efectivos á los estudios romanos. Habría merecido toda su inmensa gloria si hubiera logrado fundir en una misma obra los elementos valiosos que empleó. Pero lo que hizo fue yuxtaponer los dos métodos: empezó abusando de la síntesis, y escribiendo una historia general que, por insuficiencia de análisis, era casi un poema; de repente interrumpió el poema, se sumergió en el análisis puro, trabajó de modo enorme durante medio siglo en todos los campos de la historia y la arqueología, sin preocuparse en lo sucesivo por coordinar sus investigaciones, ni los resultados parciales obtenidos.

Y, sin embargo, ni en Francia ni en Italia se le ha censurado jamás la supradicha incoherencia, que harto amengua el valer definitivo de sus esfuerzos inmensos. No se ha visto en Mommsen sino al hombre que consagró la vida entera á los estudios romanos, al que los personalizó durante medio siglo, al que supo conservarles la importancia en la cultura contemporánea. Bastaba eso. A lo me-

nos los hijos de Roma guardaban hasta entonces la conciencia vaga de que todo, hasta la preponderancia excesiva de los extranjeros, era preferible á la decadencia de los estudios romanos.

¿Estará á punto de extinguirse esa conciencia del papel que Roma puede representar todavía, con sus grandiosas tradiciones, en la educación del mundo? Pregunta que me hice á menudo, mientras iba viajando por las inmensas y melancólicas pampas argentinas, por las maravillosas montañas del Brasil.....

Si otros factores, distintos de la historia romana, contribuyeron al éxito de mi viaje, no es menos cierto que los viñadores de Mendoza, y los plantadores de café de San Pablo, y los fabricantes de azúcar de Tucumán, y los mercaderes del Rosario acudieron en tropel á escuchar los capítulos sueltos de historia romana que yo les refería. ¿Por qué tantas personas se sentían sobrecogidas de vivo entusiasmo al oír la palabra ROMA, que para muchos de ellos no podía tener aún sino un significado muy vago? (1). ¿Por qué aquellas historias vetustas despertaban en los espíritus curiosidades latentes, reavivaban recuerdos medio olvidados, sobreexcitaban antiguas pasiones, apagadas en apariencia?

Porque la historia de Roma no es, en la civilización contemporánea, un simple capítulo de historia universal. Hay todavía en aquellos magnos anales una misteriosa fuerza de atracción, que obra aun sobre los espíritus menos preparados para entender y apreciar la pura erudi-

(1) Porque habían aprendido á amar á Roma, sentados en las rodillas de sus madres, cuando ellas les inculcaban los rudimentos de la fe; en las bancas de la escuela, cuando el maestro cristiano les explicaba el catecismo; en la nave de la iglesia, cuando el párroco les hablaba del pescador galileo, crucificado en el Janículo, sepultado en el Vaticano, donde vive y desde donde impera, hace veinte siglos, sobre las conciencias de trescientos millones de hijos y de súbditos—
N. del T.

ción clásica. No se comprende cómo haya sabios que finjan despreciar esta fuerza, en vez de utilizarla hasta el fin. Porque no hay duda de que puede prestar grandes servicios á los hijos y á los nietos de Roma en lo presente y en lo porvenir.

GUILLERMO FERRERO

Enero de 1908.

SOLES VIEJOS

I

El sol que nos alumbra ya es muy viejo.
 Las primeras auroras
 que pintó su purísimo reflejo,
 fueron del tiempo las primeras horas,
 del universo el inicial bosquejo.

En el centro del mundo planetario,
 uno en sus leyes y en grandeza vario,
 la Eterna Voluntad que lo creara
 encendió la del sol rica lumbrera
 y le dijo á su fuego que irradiara,
 y le dijo á su luz que presidiera.

¡Soberano nació! Su vasto imperio
 las fronteras hundía
 más allá de la ignota lejanía
 que toca las riberas del misterio.

El ámbito vacío,
 que abismo fuera de negrura y frío,
 brillaba rutilante,
 sus senos al sentir de vida llenos,
 desde que aquélla atravesó sus senos
 luz meridiana que vibró radiante.

Mundos sin luz en derredor girando
 del mundo de la luz, lo circufan,
 y en su luz se bañaban, volteando
 y el calor del vivir en él bebían.